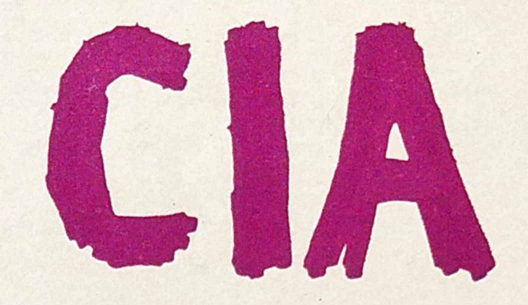
PRESEN



TAU

Tau, símbolo antiquísimo de la Cruz, ha de presidir esta segunda etapa de PRESENCIA. Ella ha de ser causa y señal de nuestra vitalidad. Porque, como enseñaba Tertuliano (Adv. Marc. III, 22), sólo en la frente de los vivientes está la señal "Tau". Y, en cambio, seco y muerto está todo aquello que no renace a nueva vida bajo el signo de la Redención.

Si esto siempre ha sido verdad, hoy adquiere tangible expresión cultural frente a las convulsiones y ruinas en que se debate el desgraciado mundo moderno en este año de 1950. La vida es unidad dinámica y armoniosa de lo heterogéneo. La muerte, en cambio, es descomposición disgregante. Y hoy nos toca ser testigos y víctimas de los últimos procesos de disolución de un mundo que otrora estaba armonizado y vivificado por la Cruz.

PRESENCIA, dentro de la modestia de sus recursos, quiere hacer sentir la fuerza vital de la verdad en este medio en que le toca actuar. Continuando la tarea del año pasado, quiere estar atenta a los acontecimientos más importantes de nuestra realidad pública, quiere seguir los movimientos más expresivos del pensamiento y del alma nacional para decir, con toda libertad y sin otro límite que el de la verdad, lo que corresponda decir en cada caso.

PRESENCIA no es un quincenario religioso ni político. Pero se interesa por todas las formas que toman lo religioso y lo político, porque, sobre todo, le interesa *el hombre*. Y lo religioso y lo político son dimensiones principalísimas del hombre.

Decimos esto, porque no faltan quienes, en nombre de "lo religioso" quieren vedarnos que nos ocupemos de la realidad política y no faltan tampoco quienes, en nombre de "lo político" quisieran que no nos ocupemos de la realidad religiosa. A nosotros, en cambio, nos interesa situarnos en aquel punto preciso de la verdad total y viva, desde el cual se puede examinar "lo político" sin hacer política y "lo religioso" sin hacer obra específicamente religiosa. Nos interesa toda la realidad cultural en la complejidad de su propia riqueza. En esto precisamente estriba lo peculiar del periodismo de PRESENCIA. Periodismo difícil en tiempos de confusión en las mentes y debilidad en los ánimos. Pero esclarecedor, justo y necesario.



POPULISMO

Con el artículo *"Hacia un nacionalismo marxista"*, cerraba PRESENCIA su primera etapa.

En este artículo tratamos de ubicar el Justicialismo del General Perón, señalando sobre todo las concomitancias que podría tener con el marxismo. Para rebatir nuestro planteo, el diario "Democracia", en su entrega del 9. I. 50, publicaba en primera página un suelto, sosteniendo que el Justicialismo, lejos de aproximarse a una línea marxista, significaba la más auténtica realización del cristianismo.

El tema encierra una importancia inusitada. Si algo ha tocado profundamente la Revolución del 4 de Junio, es la realidad social argentina. Vale la pena entonces que concentremos nuestra atención para discernir *de qué manera* ha sido tocada esta realidad, y qué fuerzas y qué tendencias van a salir gananciosas de esta experimentación. El suelto de "Democracia" nos ofrece una excelente oportunidad.

Escribe "Democracia: "El "editorialista" pretende evidentemente ubicar al Justicialismo del General Perón en una posición marxista. O sea, quiere que el Justicialismo sea materialista y ateo como es el marxismo por definición, y en su realidad comunista"... Y añade: "El comentarista intenta pues desvalorizar o menospreciar cuanto en la línea espiritualista ha realizado el peronismo desde la expresión doctrinaria inicial "Queremos una Argentina profundamente cristiana y humanista" hasta el reconocimiento constitucional de la supremacía del espíritu".

Cuando analizamos el Justicialismo del General Perón, no atendimos tanto a los enunciados de sus proclamas cuanto a sus *realizaciones* efectivas. Porque no interesa saber *qué ideas ni qué intenciones* tiene el General Perón con su Justicialismo sino *qué fuerzas desata en la realidad de los hechos y hacia dónde estas fuerzas se encaminan*. Porque podía tener buenas intenciones Alcalá Zamora con su república española, pero ésta caminaba hacia el terror rojo; y buenos podrían ser los propósitos de Kerensky, pero ellos abrieron paso al bolchevismo de Lenín. Porque como enseñaba el mismo Lenín, con un gran sen-

AÑO II - Nº. XXVI

tido realista de lo social, no interesa lo que un partido piense, desee o proclame, sino *cómo pueden pasar las cosas* por efecto de la actuación de este partido. ("Dos tácticas en la Revolución Democrática", Obras Esc., t. 2, 51, Edit. Prob.). Nunca se nos ocurrió pensar que Perón quisiera hacer marxismo con su Justicialismo. Pero lo que interesa, y lo que ha de interesar al mismo General Perón, es si su justicialismo *puede conducir y en qué medida* al marxismo.

El Justicialismo agudiza la lucha de clases

Vamos a hacer justicia al peronismo, reconociendo la gran verdad de la premisa de que parte para su Justicialismo. Es cierto que en nuestra Argentina como en los otros países de inmaturo desarrollo económico, el capitalismo ha producido una doble injusticia. Por una parte, ha reducido a nuestro país a una condición de sujeción semicolonial con respecto al centro mundial de la vida económica, vale decir, con respecto a Inglaterra hasta hace pocos años, y hoy con respecto a Estados Unidos. En su estudio "*El Imperialismo, fase superior del capitalismo*", Lenín hace suyo lo de Schulze-Gaevernitz: "La América del Sur, pero sobre todo la Argentina, se halla en una situación tal de dependencia financiera con respecto a Londres, que se la puede casi calificar de colonia comercial inglesa". Por otra parte, el capitalismo ha dividido en dos grupos irreconciliables a los que intervienen en el proceso económico, de suerte que cobra gran relieve lo que dice León XIII: "Unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos".

Contra esta doble injusticia, Perón levantó su bandera del Justicialismo, la cual comprendía una doble tarea, la de la recuperación nacional y la del mejoramiento económico de las masas asalariadas. Las intenciones del General Perón no podían ser más justas y nobles. Pero, como hemos advertido, no bastan las buenas intenciones; son necesarias las buenas *realizaciones concretas*. Porque aun con buenas intenciones podíamos caer en una situación más deplorable que aquella en que nos encontrábamos. Ahora bien, ¿cuál es el resultado del Justicialismo?

Vamos a apuntarlo muy brevemente. En lo que se refiere a la *recuperación nacional*, era indispensable ubicarse en la realidad económica del país dentro de las concretas condiciones mundiales. Nuestro país, de grandes posibilidades sin duda, estaba apenas saliendo de su etapa agropecuaria y empezaba a desarrollar una importante industria liviana. Pero lejos todavía de poder tener una industria pesada —no hablemos de tenerla consolidada—, no podía aspirar a mantener su actual nivel de producción y mucho menos a acrecentarlo sin el apoyo y ayuda, directa o indirecta, de los Estados Unidos, que, por la realidad de los hechos se había constituído, después de la guerra, en el único e indiscutido centro de la economía mundial.

Con *este hecho* habíamos de contar para un programa beneficioso y efectivo de recuperación económica. Nos gustara o no, ésta era la realidad. Es claro que para satisfacer exigencias demagógicas de las masas clamorosas era fácil e inocuo recuperarnos de capitales británicos. Esto hicimos e hicimos bien. También lo hacía el Uruguay, casi al mismo tiempo que nosotros. Pero la cuestión era no hacer de la *independencia económica*, una cosa tan fundamental y absoluta, que nos cerráramos todas las posibilidades de aprovisionarnos del elemento productor indispensable para un alto nivel económico. Y éste sólo podíamos conseguirlo con la ayuda crediticia de Estados Unidos.

Cerrarnos a esta evidencia, era condenarnos al *atraso económico paulatino*, el cual, a su vez, nos pone en una dependencia y sujeción mayor con respecto al país más fuerte. Por haber hecho de la independencia económica un precepto constitucional —como si *los hechos* pudieran crearse o suprimirse por decretos— nos hemos colocado en la imposibilidad de tener una flexible política económica que contemple lo más ventajoso para el país. Y si hoy la Argentina está en un bajo nivel de producción, lo debe en gran parte a su gastado y anticuado instrumento productor.

En lo que se refiere al mejoramiento de nuestras masas asalariadas, el peronismo ha tratado de conseguirlo, dejando intacto el sistema capitalista de producción y levantando los salarios. Pero era de descontar que el alza de salarios había de provocar una alza correlativa de precios y que a ésta, a su vez, había de seguir un alza de salarios y así, indefinidamente, en una carrera irrefrenable. Para detener luego esta carrera, sin tocar el alza de salarios, se ha debido recurrir a una serie de medidas monetarias, crediticias, fiscales y policiales que no han tenido otro resultado que poner trabas al proceso ya maltrecho de la producción de bienes. El resultado tangible es que los bienes han disminuído en forma tal que no alcanzan para las necesidades de nuestro consumo interno, como lo demuestran las características "colas".

¿Qué sucede entonces? Que mientras por un lado se aumentan de todas maneras los estímulos a las masas asalariadas para un mayor consumo, por otro, disminuye la producción de bienes. En consecuencia, la vida se hace difícil. Las masas asalariadas, que no pueden comprender las conexiones ineluctables de los procesos económicos, se sienten víctimas de la explotación patronal. Los patrones, acosados por exigencias burocráticas de todo orden, amenazados con coerciones policiales, presentados ante el público y ante sus subalternos como "delincuentes", no encuentran manera de satisfacer, con una empresa cada vez más trabada, las múltiples exigencias del público y de los obreros. Resultado: una agudización, día a día más trágica, de la lucha de clases, del temible conflicto moderno entre la burguesía y el proletariado, o para expresarnos en lenguaje peronista, entre la oligarquía y los descamisados.

La lucha de clases y el marxismo

El Justicialismo del General Perón aporta una fórmula de solución a las injusticias del capitalismo que, lejos de remediarlas, las agudiza. Es claro que Perón no es ni quiere ser marxista. Es claro que él querría arreglar el problema social dentro de "alguna" conciliación de clases. Pero, al fracasar en su intento, y al aumentar los apetitos de las masas con una correlativa disminución de bienes que pudieran satisfacer dichos apetitos, agudiza el problema social. El peronismo no es marxismo. El peronismo es más bien un populismo o menchevismo que quisiera arreglar el problema obrero sin salir de los cuadros "burgueses" pero manteniendo en tensión a las masas obreras. Pero al agitar y remover el mundo obrero sin darle una solución efectiva, agudiza el problema y trabaja, por contraste, para el marxismo integral. He aquí lo que nos corresponde aclarar.

Pocos, muy pocos, tienen ideas claras sobre qué es el marxismo, cuál su principio fundamental, cuál su método de penetración y desarrollo en la sociedad en que vivimos. Sin embargo, el marxismo tiene una doctrina y un método de eficacia extraordinaria, porque sin abandonar sus objetivos fundamentales y plenarios sabe adaptarse a

PRIMERA

No, no es el oprobio de sus vidas,
ni el envejecimiento amargo de sus rostros
por los obscuros deseos,
ni el fulgor lamentable
de sus manos y sus vestiduras salpicadas,
lo que me trae aquí, querido Julio,
a llorar sobre el mármol de tu sepultura
el sacrificio inútil de tu muerte.

No, nada me importa de ellos,
aunque sepa que alguna vez
enaltecieron con su afán el aire
y ahora los esté mirando
de espaldas a la hermosura de la vida.
Nada me importa ni quiero que me importe
así los vea, radiantes de perversión,
y en vano trate de olvidar que ellos fueron
los que una mañana se disputaron contigo
el privilegio más alto.

Vengo por ti, por estos cielos,
por el fervor de estos aires y estas cosas de siempre,
por todo lo que embelleciste hacia agosto
con tu camisa abierta
y el resplandor purísimo de tu sangre viril.

¡Oh suceder funesto!
Con estos mismos sentidos y este mismo corazón
que en la niñez, asombrados, asistieron a tu testimonio,
a la solidaridad de las flores,
los ángeles y los amigos,
ahora no toca soportar, impotentes,
el doloroso desfile de los sapos en las avenidas,
la primacía de las cebollas con frac,
y, lo que es peor,

las más diversas situaciones y trabaja con tenacidad para disolver las estructuras sociales que califica de *burguesas* —y burgués es todo cuanto importe algún orden, alguna calidad y jerarquía— y para implantar el igualitarismo de la sociedad proletaria.

Si el marxismo ha trabajado entre nosotros eficazmente, aunque a paso lento, durante los cuatro primeros decenios del presente siglo, en este último lustro está cumpliendo, de manera acelerada, una profunda obra de penetración, cuyo resultado, de inmensas proporciones, va a manifestarse cuando desaparezca el equívoco engañador del momento presente. Fácil será comprender esto si advertimos que el principio fundamental del marxismo no es como muchos creen, el materialismo, sino la dialéctica de la lucha de clases. Vale decir, que en el materialismo dialéctico, que es el marxismo, la fuerza hay que ponerla en "lo dialéctico" más que en "el materialismo".

Porque el marxismo es una doctrina social, esencialmente operativa. No quiere describir las realidades sociales sino elaborarlas y crearlas. Y la lucha de clases es este principio poderosamente transformador y creador. De aquí que en carta a Engels, Marx escriba: "Durante... las cuatro semanas pasadas he leído toda suerte de cosas, entre otras el libro de Darwin, sobre la selección natural. Aunque está escrito en crudo estilo inglés, *ese libro es el que contiene* la base científica de nuestro sistema" (citado por Mc. Fadden, La Filosofía del Comunismo, pág. 31). Y en carta a Lasalle, escribe: "El libro de Darwin es muy importante y me da la base científica para la lucha de clases de la historia" (ibid., pág. 31). De aquí que en el Documento fundamental del Marxismo, el famoso *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, la lucha de clases constituye el único tema central. "Hasta el presente, leemos allí, toda la historia de la sociedad humana es la historia de la lucha de clases. Hombres libres y hombres esclavos, patricios y plebeyos, barones de la feudalidad y siervos de la gleba, maestros del gremio y oficiales del mismo, en suma opresores y oprimidos, han estado siempre en lucha, ya franca, ya encubierta, pero lucha sin cuartel, que infaliblemente ha terminado, bien por una subversión revolucionaria de la sociedad entera, bien por la destrucción de las dos clases en conflicto... La sociedad moderna, o sea, la sociedad burguesa nacida del hundimiento de la sociedad feudal... se divide en dos grandes campos enemigos y en dos clases directamente opuestas: la burguesía y el proletariado".

No podemos entrar a explicar aquí cómo la lucha de clases ha de ir operando la transformación total del modo de producción y cómo con esta transformación ha de trocarse toda la historia política, intelectual y religiosa de la sociedad. Pero el problema que aquí nos interesa es éste: ¿qué ha de acontecer dentro del análisis marxista, si frente a una sociedad burguesa como la moderna en que vivimos, todas las gestiones de un gobernante se encaminan *directamente* a hacer más intensos los conflictos entre la clase obrera y patronal? El gobernante en cuestión no toca *directamente* la actividad religiosa ni la cívica y cultural. Lo único que toca y expone al vivo es la tensión del proletariado con la burguesía, con la pequeña y gran burguesía.

La respuesta a esta cuestión nos la da Karl Marx: "Con el cambio del fundamento económico, dice, el entero e inmenso edificio queda tranformado con mayor o menor rapidez" (Mc Fadden, *ibid.*, 128). "Las causas decisivas de todo cambio social, o revolución política, añade Engels (*ibid.*), hay que buscarlas no en el cerebro de los hombres, no en una mejor idea de la eterna verdad o de la justicia, que haya adquirido el hombre, sino en el cambio ocurrido en los modos de producción e intercambio. Hay que buscarlas no en la *Filosofía* sino en la *Economía* de la época". En el análisis marxista, el determinismo económico va a exigir que la lucha de clases determine un cambio total de toda la vida ciudadana, cultural y religiosa de esa colectividad. Pero añadimos, que aun cuando se haga repudio del materialismo marxista y se haga profesión de espiritualismo, la introducción, como *hecho*, como simple hecho, de la dialéctica de clases, va a determinar como fruto y resultado el marxismo o materialismo integral. Porque la lucha de clases implica la liberación de vínculos de la clase menos dotada de la sociedad, de la clase que aporta únicamente su *trabajo manual*. Pero, ¿qué es el trabajo manual *liberado*, vale decir, el trabajo manual que se ha desatado de la sujeción a una *dirección económica* (burguesía propiamente dicha), de la sujeción a una *dirección política* (clases dirigente y militar), de la sujeción a una *dirección cultural y religiosa* (Iglesia)?

Esa clase así *liberada* por un proceso de lucha contra las trabas que les imponen las otras clases sociales podrá en las etapas intermedias de la lucha proclamar el valor *nacional* y afianzarse en él, pero a la larga y como consecuencia del proceso *total* de la dialéctica de *total* liberación, tendrá que repudiar ese mismo valor, y buscar la unión de la clase *obrera*, en cuanto clase *obrera*, por encima de cualquier valor que le imponga una configuración o límite.

Planteado el problema de la lucha de clases en la etapa actual, —proletariado o descamisados contra la burguesía u oligarquía—, es absurdo y contradictorio hacer profesión de espiritualismo. Porque el proletariado que busca autoafirmarse como primero y único valor social no representa ninguna calidad o valor social, ni *espiritual*, ni *humano*. Un descamisado o un proletario, en cuanto descamisado o proletario, no importa una calidad. Podrá integrarse en un orden económico, político, cultural y religioso. Pero, liberado y separado de este orden, como resultado de un proceso dialéctico, queda solo y no puede representar un *orden* económico, político, cultural y religioso del cual se ha despojado.

El postulado de la lucha de clases en el estado actual en que ésta se puede presentar, encierra todo el materialismo que pregona el marxismo. Cuando la lucha se planteó entre el clero y la monarquía, el resultado de la lucha no implicaba un desorden total. Porque el triunfo de la monarquía implicaba cierto orden. Cuando la lucha de la Revolución Francesa entre la nobleza y la burguesía, el triunfo de ésta significaba, al menos, un orden económico. Pero una dominación proletaria, si es aceptada en todas sus consecuencias como corresponde, no puede implicar sino un desorden total. Vale decir, los proletarios suplantando todo ordenamiento económico con la ocupación de fábricas y regulación de la industria, suplantando todo ordenamiento político, con la dictadura del proletariado, suplantando finalmente todo ordenamiento cultural y religioso.

Así como la aceptación de la lucha de clases, en idea o en los hechos, conduce irremisiblemente al materialismo integral, el problema de la auténtica *Justicia social*, no puede resolverse sino integrando la clase obrera en un orden económico por su armonía y conciliación con la clase patronal, integrando, a su vez, el orden económico con el orden político y cultural, y finalmente integrando el orden político y cultural con el orden religioso.

PRESENCIA

LAMENTACION

la complacencia consciente y desertora
de aquellos a quienes fuimos capaces de querer.

¡Ah, qué poco valieron, qué poco,
la rosa de tu juventud rodando por los claustros,
la perennidad del ideal, los juramentos!

¿No se te pudren, dime, no te duelen
las honras, los trofeos sin sentido?
¿No sientes hoy lo que nunca sentiste,
el desconsuelo de tus padres que entonces te fué leve
y los ardores del plomo
quemándote sin fin hacia la izquierda de tu pecho?

Las luces del Otoño
vuelcan su serenidad en estos árboles de Córdoba
y entre los árboles y Dios
inefable se extiende y como nunca
el imperio de las palomas y los campanarios.
Lindas, también, deben estar las sierras.
Tibios aún, sus retorcidos arroyos
irán enloqueciendo los fragantes pastos
y todavía habrá un pie de mujer
que en las aguas se abandone, melancólico.

Sin embargo, Julio, nosotros somos los condenados
y en la seguridad de nuestra derrota
todo se nos vuelve castigo.
A ti se te pudren los laureles, se te pudren,
y a mí me duele hasta la respiración.

Para llorar he venido a buscarte.
Porque recién ahora tu muerte ha comenzado
largos y tristes, como los míos,
se te estarán haciendo los días.

JORGE VOCOS LESCANO.



AÑO SANTO, AÑO DEL GRAN RETORNO

"Nos parece que el Año Santo 1950 debe determinar ante todo la esperada renovación religiosa del mundo moderno".

Pío XII.

"Nos parece que el año Santo 1950 ha de ser señalado, sobre todo, por la deseada renovación religiosa del mundo moderno", ha dicho el Sumo Pontífice en su último mensaje de Navidad. ¿Cuáles serían los indicios de tal posibilidad? He aquí la pregunta que surge como respuesta inmediata a las augustas palabras transcriptas; y forzoso es reconocer que la pregunta surge con un pronunciado dejo de ironía, tanto más cuanto que el mismo Papa, desde la Basílica de San Pedro, el Domingo de Pasión acaba de emplear términos duros y precisos para calificar la postración espiritual y moral del mundo moderno.

Sin embargo, aunque no hable ex-cátedra, la palabra del Papa tiene siempre un sentido profundo y es eco de aleteo del Espíritu. ¿Cuáles podrían ser entonces los indicios de la renovación religiosa del carcomido mundo moderno? Si se tratase de una renovación al modo humano, evidentemente habría que concluir encogiéndose de hombros... pero se trata de algo muy distinto, y esa misma postración moral y espiritual da sólo la medida en que ha de actuar la fuerza transformadora de la Gracia para que, en definitiva, sobre la flaqueza del mundo triunfe la virtud de Cristo, y así también aquél, como el apóstol, pueda gloriarse de su debilidad.

No por simple metáfora el Padre Santo se presenta en este mensaje como "el anciano Padre de la parábola evangélica" que en el umbral de la Puerta Santa espera al hijo extraviado. Aparte de la feliz adaptación de la parábola a la ceremonia de la apertura de la Puerta Santa, es preciso advertir la penetrante correlación entre la desesperada situación del pródigo, reducido a pordiosero y porquerizo, y la del mundo actual, alejado de Dios y enlodado en medio de sus propios pecados. ¿Por qué no pensar entonces que, como para aquel desdichado, haya llegado también para este mundo moderno el momento del toque de la Gracia que ha de conducirle a la casa paterna? ¿Cómo no nutrir fundadas esperanzas en el retorno de un mundo harto de tantos sistemas utópicos y de tantos fracasados intentos por el logro de una pacífica convivencia?

En efecto, en su intuición de Padre, el Pontífice ha querido abrir la Puerta Santa para franquear la entrada al hijo a quien sabe ansioso de regresar. Porque el hijo pródigo es el pecador asqueado ya por la podredumbre de sus vicios, y el incrédulo harto ya de sus ridículos razonamientos, y el pagano que ha medido las últimas consecuencias de sus cultos demoníacos, y el hereje desesperado de su individualismo, y hasta el judío que comprende ahora la enormidad de su deicidio... Hijo pródigo es quien quiera precise el perdón de Dios. "¿Y quién no tiene necesidad del perdón de Dios?", recuerda la Santidad de Pío XII.

Pero ¿hay indicios, no de que por haberse tocado fondo haya llegado el momento de la conversión, sino de que la Gracia llama ya al hombre moderno? En otras palabras ¿hay indicios de que el pródigo haya empezado a recordar la perdida felicidad de la casa paterna? He aquí una cuestión sobre la cual el mismo hecho del llamado pontificio está dando una respuesta afirmativa.

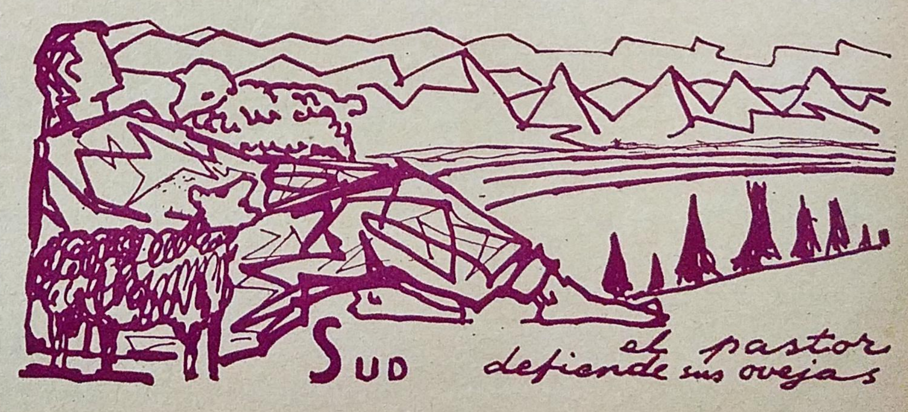
Quizá sea uno de los más elocuentes síntomas que reflejan el mismo toque de la Gracia enunciado desde Roma, la persistente preocupación exteriorizada en reuniones y escritos de caracterizados herejes sobre la necesidad de un entendimiento entre todos cuantos se dicen cristianos. Como en la parábola del hijo extraviado se empieza por recordar la casa paterna, el hogar común, la vida conjunta de los hermanos con el padre... ¡luego llegará el momento de añorar su disciplina y de someterse a sus enseñanzas!

En agosto y septiembre del año pasado tuvo lugar en Amsterdam la primera asamblea del llamado "Consejo ecuménico de Iglesias". De unos años a esta parte, protestantes y cismáticos han visto la necesidad de reunirse y de buscar una forma de convivencia cordial no sólo entre ellos, sino con "sus hermanos católicos". Es verdad que semejante movimiento podría ser un nuevo lazo del demonio para enredar a más de un católico de temperamento sentimental, o podría implicar un decadente sincretismo cristiano, pero conviene no olvidar que hasta el diablo trabaja en definitiva para Dios, y, sobre todo, que está de por medio la buena voluntad de más de un auténtico, aunque equivocado, amador de Cristo... buena voluntad que seguramente proviene de la Fuente de todo Bien. Lo cierto es que, reunidos 351 delegados de los puntos más diversos del globo, las confesiones disidentes allí representadas dieron testimonio de la existencia de una sola Iglesia Universal, fundada por Cristo y del escándalo que la división implica.

La necesaria y lógica ausencia de los católicos en dicha reunión no quiere decir en manera alguna, que la Iglesia la haya reprobado, sino que, ante los indicios de un próximo retorno, adopta la única actitud que cuadra a su condición de Esposa inmaculada de Cristo y de madre común de los fieles: esperar la conversión hacia la verdadera unidad, tal como lo expresara el Papa Pío XI en la encíclica "Mortalium animos". Sin embargo, ya de una manera oficiosa, como los obispos holandeses, ya a título meramente particular, destacados miembros del clero y reconocidos escritores, al mismo tiempo que han hecho pública su satisfacción, han puesto la cuestión en sus debidos términos. Es de advertir, además, que muchos protestantes, por su parte, han sabido comprender la imposibilidad de que la Iglesia Católica se hiciese presente en sus reuniones, y han hecho notar también cómo entre ellos mismos resultaría prácticamente imposible cualquier avenimiento dogmático. Diríase que, al limitar sus esfuerzos a una comunidad de convivencia cordial en que cada secta haría reserva de sus errores, ponen en evidencia una vez más la verdad de aquella afirmación de Solovief cuando, comentando un célebre pasaje evangélico, mostraba cómo fué Pedro el primero en confesar la divinidad de Cristo y cómo, sin él, los demás, o callaban como los apóstoles, o no acertaban más que a contradecirse en sus errores, como el resto de los judíos.

Poco después de la recordada asamblea heterodoxa, el "The Times" de Londres inició un debate abierto sobre el problema de la reconciliación cristiana. En un primer artículo titulado "Los católicos romanos y los otros cristianos" un corresponsal, evidentemente no católico pero con un marcado afán de imparcialidad, planteaba el estado de la cuestión y la expectativa reinante. A ese artículo siguió toda una serie de respuestas y contrarrespuestas, ortodoxas y heterodoxas, de las cuales la conclusión más importante sería, precisamente, el reconocimiento por parte de los protestantes de la necesidad de la unión y el haber recalcado los católicos que para prepararla es menester apoyarse en el dogma de la Iglesia Universal fundada por Cristo.

En "Le Figaro" de París, el pastor protestante Marc Boegner, queriendo dar una respuesta al llamado del Papa, si bien no deja de esbozar algunas reservas, ha insisti-



do en los puntos de vista protestantes sobre la reconciliación, y, en su deseo de formular alguna sugerencia práctica, ha señalado la necesidad de ajustarse al sagrado depósito de la Revelación y de esperar así el toque de Gracia que reintegrará a todos los cristianos a la unidad del cuerpo de Cristo. Ese artículo dió lugar a su vez a una respuesta ortodoxa aparecida en "Il Quotidiano" de Roma, donde Carlo Adami hace notar la razón de ser de la intransigencia dogmática de la Iglesia, que en manera alguna importa despreocuparse por la suerte de los hermanos separados.

Entre el 18 y el 25 de enero último tuvo lugar la semana que ha dado en llamarse "de la unidad cristiana", la cual, más que una semana de controversias, fué una semana de oración, no en común, pero sí por un objeto común. En esos días el protestante Roger Mehl de la Universidad de Estrasburgo, hizo notar cómo en la reunión de Amsterdam se había marcado la necesidad del arrepentimiento por tanta separación y cómo es menester orar y pedir a Cristo la unidad. En el mismo sentido se expresó el pastor Manuel La Gravière.

Como una síntesis del estado de espíritu que reina actualmente podría decirse, con los padres Danielou y Boyer, que tanto católicos como protestantes, concuerdan en que la separación es un escándalo, ya que la unidad es una de las más grandes señales dejadas por el Redentor, y que el descubrimiento por parte de los herejes de esa verdad, así como de la misión sacramental de la Iglesia es un verdadero paso para la unión final, bajo el magisterio de Pedro, de cuantos creen en la divinidad de Cristo.

Pero, innecesario sería insistir, todo ello no es más que indicio, cierto y preciso, pero indicio al fin, de que el gran retorno se ha de producir. Corresponde exactamente al momento, ya recordado, en que el hijo pródigo añora la morada paterna, e implica ya un primer toque de la Gracia. El paso final definitivo ha de llegar en su debido momento, y quien sepa apreciar el sentido último de la palabra pontificia advertirá que no ha de ser vana la bendición final impartida por el Padre común de todos los hombres, sobre todos, absolutamente sobre todos los hombres de buena voluntad, cuyo retorno esperamos.

PRESENCIA



ADENAUER, LA FIGURA DE EUROPA

En su número 25, PRESENCIA *reproducía un artículo de Alfred Fabre-Luce sobre "cómo se hará Europa". Hoy nos parece conveniente reproducir sobre este mismo problema de la unidad de Europa unas declaraciones del Canciller alemán Adenauer, quien se está revelando como la gran figura de Europa. Las tomamos de* LA PRENSA, *3-IV-50.*

Los pueblos pocas veces comprenden que la preservación de Europa es de interés para todo el mundo. Estados Unidos no entiende por completo que se beneficia con la preservación intelectual, moral y espiritual del Viejo Mundo, y que eso es hasta necesario y vital para el propio progreso intelectual de América. No tengo reparos en decir que Estados Unidos debería utilizar mucho más su poderío para con los europeos que se resisten a su propia unidad. Los norteamericanos literalmente deben insistir en que Europa provea a su propia protección y bienestar. Hasta ahora esto no se ha hecho. Veo un futuro de extrema gravedad; el principal propósito de Estados Unidos debería ser forjar nuevamente una potencia de la Europa occidental. Europa como potencia ciertamente no constituirá un peligro para Rusia, y Rusia no tendrá razones para sentirse amenazada. Por el contrario, una Europa fuerte y poderosa es imprescindible para el mantenimiento de la paz mundial. Ello permitiría también a Estados Unidos retirarse de Europa, y por fin permitirle dedicar sus energías a otras tareas, especialmente el gran problema de ayudar al Extremo Oriente. No puede crearse una paz duradera mediante un entendimiento entre Rusia y Estados Unidos a menos de que sea una realidad la existencia de una Europa fuerte y unida.

Los países europeos, tomados separadamente, resultan demasiado débiles como para ejercer una decisiva influencia en esa alta política destinada a lograr la paz. En su actual situación inerme e indefensa, el Viejo Mundo será siempre un peligro.

El Consejo de Europa debe convertirse en un Parlamento europeo con verdaderas facultades y derechos para dirigir. Este es el primer requisito. Si todo se dejara en manos de los ministros, la Asamblea de Europa sólo seguirá siendo una tribuna para pronunciar bellos discursos. Pero nada más. Un verdadero progreso sería obtenido sólo mediante un verdadero Parlamento europeo, y no mediante una burocracia. Alemania debe ser invitada a participar en ese organismo lo más rápido que sea posible. Hoy en día demasiada gente con un gesto de una mano invita a Alemania a "entrar" y con la otra mano le dice "que se quede afuera". Tales gestos no tienen sentido y causan más daño que bien. Después de todo debe comprenderse que de una vez y para siempre hay que tachar el pasado. Un pueblo de 50 millones de personas, si incluímos a la población de Berlín, debe ser copartícipante igualitario en la familia europea. Si Alemania desaparece, Europa desaparecerá y Alemania se encuentra débil e indefensa. Es por ello que he pedido a los altos comisionados aliados que efectúen gestiones ante sus gobiernos para que Alemania cuente con una garantía firme de seguridad.

El ministro de relaciones exteriores de Francia respondió que ello era perfectamente aceptable y normal, pero Gran Bretaña no ha tomado posición alguna, y el señor McCloy ha declarado que la presencia de un solo batallón norteamericano era la mejor garantía de seguridad.

La suerte de Alemania es la suerte de los países del Benelux, de Inglaterra, Francia, Italia y los países escandinavos. No existe la menor duda sobre ello. Alemania occidental ocupa hoy en día una posición única en Europa. Supongamos, desde el punto de vista puramente teórico, que los rusos hayan logrado colocar bajo su influencia a Alemania occidental. Esto significaría que el resto de Europa habría sido perdido para la manera de pensar occidental que, después de todo, es la forma de pensar de Estados Unidos también. Esto muestra que debe hacerse todo lo posible para incorporar al Occidente de Alemania a la Europa occidental, tanto en lo económico como en lo político. Estados Unidos ya ha comenzado un programa semejante con el plan Marshall. Si no se produce la integración política de Alemania, la parte económica, la ayuda del plan Marshall a largo plazo habrá fracasado.

No podemos predecir si las prolongadas negociaciones y extensas declaraciones sobre seguridad estarán en condiciones de hacer frente a la cruel realidad. La verdadera solución es la creación de un Parlamento europeo en el que su poder se derive de los mismos parlamentos de Europa y que posea dentro de un marco bien establecido poderes claramente definidos.

Alemania occidental debe ser un miembro participante en condiciones igualitarias en el Parlamento de Europa. De lo contrario daremos un paso adelante y otro atrás, y al final siempre nos encontraremos en el mismo lugar.



CONTENTO Y DESCONTENTO SOCIAL

"No basta que cada uno tenga un lugar, deseamos además que cada uno esté en su lugar".

GUSTAVO THIBON.

El Amor y la Fuerza suelen separarse en el hombre. Esta separación origina una serie de trastornos individuales, familiares y sociales. Cuando el amor se emancipa de toda fuerza y poder, se vuelve debilidad, insensatez romántica y caricatura del verdadero amor. La fuerza independizada del amor se convierte en brutalidad, rigor inhumano, ímpetu primitivo y máscara de la auténtica fuerza humana. Pero el hombre despliega sus posibilidades a través de lo social y sólo alcanza la plenitud de su dimensión humana articulándose en sociedad. Es así que aquella dicotomía Amor-Fuerza estalla en la primera sociedad: la familia. El amor paterno disociado de la fuerza se vuelve mimo; la fuerza desligada del amor termina en tiranía familiar. Ambos extremos traen consecuencias nefastas: el primero crea un mundo artificial en el niño, lo desorganiza interiormente, lo incapacita para la vida y lo pudre para la sociedad; el segundo lo resiente, lo llena de odio y de amargura disponiéndolo para el egoísmo y la agresividad.

El amor de padre auténtico debe ser AMOR SEVERO, vale decir, amor acompañado de fuerza, o fuerza impregnada de amor; sólo así el amor y la fuerza serán eficaces.

Pero las consecuencias de la tensión Amor-fuerza cobran mayores proporciones en la sociedad política. Cuando los gobernantes vacían el amor de toda fuerza y poder, entonces la masa se siente mimada, la sociedad empieza a disgregarse y a corromperse por dentro, todo un mundo artificial de falsos ideales, de metas irrealizables y ansias desmedidas se abren camino en el alma de los ciudadanos. Por el contrario, cuando los que mandan separan la fuerza del amor, el pueblo se endurece, se cierra, se carga de odio y de resentimiento y los súbditos comienzan a ver un tirano en toda autoridad, una cadena en todo vínculo y una prisión en toda sociedad; la tiranía incuba la anarquía.

En estos últimos tiempos pasa por Occidente una gran ola democrática. Esta democracia se caracteriza por un descomunal y degradante mimo por las muchedumbres. El amor se ha disociado de la fuerza; todo lo que es autoridad teme manifestarse en plena luz, se disfraza, se diluye en un mar de palabras, se valora a sí misma sólo como eco de una larvada e informe conciencia colectiva, se justifica como proyección de una hipotética y contradictoria delegación de la masa electora; todo lo que es jerarquía y distinción en la sociedad se pulveriza en el emparejamiento oficial del "todos iguales ante la ley".

Se ha querido ver en esta clase de democracia un verdadero progreso, más aún, una encarnación de las verdades del Evangelio. En realidad se realizó una trasposición de planos; se ha pasado una realidad sobrenatural al campo natural de la sociedad política. Este cambio sutil encontró un terreno propicio y cundió rápidamente. Hay una verdad de orden religioso que dice: Todos los hombres, sin excepción están llamados al gran banquete espiritual del Cielo. Esta verdad al bajar al orden natural de la sociedad política se tradujo así: Todos los ciudadanos, sin excepción están llamados al festín del mando, al festín del poder, de la gloria terrena, de la fortuna, etc. Pero lo que es posibilidad y realidad allá, es imposibilidad y falsedad aquí, porque Dios puede dar al que cumple con los mandamientos el festín del Cielo, pero la sociedad jamás podrá dar a todos igual festín de mando, de gloria, de riquezas y de bienestar... Por eso, cuando la democracia proclama una igualdad carnal, miente; cuando mima al pueblo diciéndole que es lo más grande, que es el único valor, que está llamado a serlo todo, en realidad lo está sembrando de promesas irrealizables e incitándolo a su propia destrucción.

Este universal llamado de la democracia moderna, ese invitar a todos a los puestos de arriba, ese abrir indistintamente las puertas, ha originado, como anota Thibon, *una especie de pánico colectivo de la ambición* en todos los planos de la jerarquía social. La sociedad exige ineludiblemente que unos estén arriba y otros abajo porque sin jerarquía no hay sociedad. Reaccionando contra una selección basada en la herencia, contra una nobleza que había perdido el sentido del "servicio", la democracia moderna proclamó la universal capacidad de todos para llegar a los comandos. Pero como una selección debe existir, el criterio seleccionador se creó solo, automática y artificialmente: el adinerado, el con suerte... trepó en los primeros sitiales, y los que quedaron en los puestos de abajo, se sintieron frustrados, desposeídos, injustamente relegados y olvidados en el universal llamado, tanto más cuanto los nuevos "arribistas" comenzaron a ejercer un poder despótico amparados en la ley impersonal.

Ha llegado ya el momento de cesar en la falsa invitación a un ilusorio festín; hay que aceptar de una vez por todas la realidad social que exige jerarquía y estabilidad en la jerarquía. No basta tener un lugar dentro de la sociedad, hay que saber estar en su lugar. Es fácil invitar a los de abajo para que asciendan a los puestos superiores; pero cuesta más hacer justicia a cada uno en su lugar; lo primero halaga, lo otro, sobre todo en estos tiempos, cosecha sinsabores... Cuando la masa clama contra los "doctores", clama contra sí misma, porque toda sociedad civilizada no puede vivir sin doctores; mientras la sociedad sea asamblea de animales racionales, tiene que haber doctores; si faltan los verdaderos doctores, lo racional se anubla, y el hormiguero lentamente aparece. No hay que lanzar la masa contra los doctores, sino trabajar para que desaparezca la masa integrando sus componentes en estructuras y funciones que posibiliten el florecimiento de la personalidad y la vocación de cada uno...

El gran síntoma del caos social es el actual descontento colectivo. Los hombres están descontentos por la sencilla razón de que no están *contenidos* en sus propios límites naturales, vitales y necesarios. El hombre contento es aquél que se siente plenamente contenido dentro de sus propios límites, el que alcanza normalmente la posesión de todo su ámbito de exigencias ordenadas. El campesino que trabaja su campo, obtiene sus cosechas y logra su ganancia equitativa, no tiene por qué estar socialmente descontento. El panadero que fabrica su pan, logra su paga justa y mantiene su negocio, puede y debe estar contento. Pero vino el gran llamamiento democrático, rompió todas las estructuras orgánicas de la sociedad y borró todo límite estable y permanente. Esta emancipación creó un mundo artificial e irrealizable de exigencias anormales en el corazón de cada ciudadano; el apetito creado ha sido tan desmesurado, la posibilidad proclamada tan ilimitada, que ya nadie puede realizarla, nadie puede sentirse "contenido" en un recinto tan vasto. Si los gobernantes quieren contentar a sus súbditos, deben cesar en sus promesas desmedidas y en sus mimos degradantes. Si se quiere contentar al pueblo, es necesario limitarlo, cercarlo, circunscribirlo, poniendo a cada uno en su lugar y haciendo que permanezca en su lugar; hay que cercarlo, pero no con bayonetas, sino asignándole su función, defendiéndola y procurando que la ame. Trabajar por el contento de la gente, no es eliminar barreras, sino afirmarlas. Contentar es hacer posible el ejercicio normal de la función de cada miembro de la sociedad; es estimular el aprecio y el arraigo al lugar que cada cual ocupa, pues cuanto más contenidos en sus límites naturales, tanto más contentos estarán los súbditos, y cuanto más dependientes de sus funciones, más libres serán; cuanto más dependiente de su tierra, más libre será el campesino, cuanto más dependiente de la fabricación de su pan, más libre será el panadero; pero debe ser una dependencia aceptada y consentida por las personas y defendida por el estado. Se ha confundido libertad con ruptura de vínculos, con independencia de todo; así el ser libre sería un ser eternamente disponible y nunca arraigado a nada. Pero la verdadera libertad descansa en una vinculación amada y aceptada; el padre que ama a su hijo, el esposo que ama a su esposa, el campesino que ama su tierra, no pierden la libertad por la dependencia que aceptan. Quien está en su lugar y ama su lugar, es libre; así, tan libre es el labriego como el rey, tan contento puede estar uno como el otro, más aún, puede haber labriegos verdaderamente contentos, y reyes terriblemente descontentos.

Hay que amar al pueblo con AMOR SEVERO. Hay que unir la fuerza con el amor, es necesario amarlo con amor fuerte, hay que centrarlo con fuerza impregnada de amor. Contento viene de "*continere*" que significa "*contener*" y también "*comprimir*"; hacer el contento en el pueblo será trabajar para que cada uno esté lo más gustosamente contenido en su lugar. El río desbordado debe volver a su cauce; la humanidad está cansada de tantas cosechas perdidas por el campo que se anega debido al pésimo manejo de las compuertas en manos inhábiles. Cada uno debe buscar su propio cauce, sus propios límites; en ellos el hombre se encontrará a sí mismo, recobrará su auténtica personalidad, su estilo y su originalidad. Creer que se puede contentar al pueblo mimándolo, es un gravísimo error. Inclinándose servilmente sobre él, sólo se obtienen alborozos y aplausos pasajeros, pero jamás el contento, que es lo permanente y la expresión cabal del bien común logrado. En cambio, si se mantiene la distancia necesaria a toda autoridad y se obliga a que cada uno esté en su lugar y se le hace justicia en su lugar, las protestas serán pasajeras y los aplausos pocos, pero se trabajará en favor del contento verdadero que desborda las figuras pasajeras de los que mandan.

Si contentar significa contener y comprimir, sólo un AMOR SEVERO hará posible el contento en la ciudad.

FEDERICO PALFER



NECESIDAD DE LA TEOLOGIA

En el primer artículo de la Suma, Santo Tomás se propone la cuestión de si será necesaria otra doctrina fuera de las disciplinas propiamente filosóficas. La respuesta afirmativa se apoya en que el hombre debe ordenar su vida al último fin sobrenatural.

A través de 700 años esta razón de orden especulativo se encuentra dolorosamente confirmada por la Historia: "me inclino a pensar —escribe Hilaire Belloc— que la crisis actual de nuestra civilización es la más grave de cuantas han afectado a ésta desde que adquirió sus caracteres esenciales entre los siglos II y V de nuestra era". (La Crisis de Nuestra Civilización, 13). ¡Confirmación dolorosa y tinta en sangre! El momento histórico en que nos toca vivir entre "guerras y rumores de guerras" significa la liquidación total del mundo moderno edificado sobre el libre examen, la moral autónoma, el escepticismo, y la religión "sin dogmas". Los nuevos valores levantados por la Reforma Protestante y el Humanismo, para servir de bases a la nueva humanidad feliz y atea, se desmoronan, habiendo dejado ya, en lo que va del siglo XX, montañas de cadáveres, millones de víctimas, y ríos de sangre. Tal es la prueba histórica, tremenda e inexorable. En el libro mencionado, Belloc desarrolla el proceso de disolución de la cristiandad por el golpe fatal de la Reforma.

La Reforma proclamó la no necesidad de la teología católica; luchó por todos los medios a su alcance por la destrucción de las instituciones cristianas. Las consecuencias de la Reforma son las consecuencias de esta no necesidad de la teología; son los efectos de la degeneración de un pensamiento teológico que ya no puede pensar en Dios porque el Yo le obliga a pensar en sí mismo.

La necesidad de la teología no es una necesidad de "valores religiosos", confesiones o "filosofías religiosas". Sería argüir por la necesidad de formas decadentes del pietismo protestante liberal. Es la necesidad de un saber especulativo auténtico del depósito de la Revelación. No son los espiritualismos humanitarios y lánguidos los que nos pueden salvar; no es el artificio farisaico de una "tabla de valores" espiritualista y humanitaria en la forma, egoísta y rapaz en su sustancia. Es la inteligencia que el hombre adquiere de la Palabra de Dios viviente en la Iglesia custodia y maestra de la verdad (C. Vaticano).

La recuperación de lo que empezó por una pérdida de la inteligencia debe comenzar por la inteligencia. La inteligencia, prácticamente odiada por reformadores y humanistas, debe tomar la iniciativa. La necesidad de la teología, llama a una restauración de la inteligencia cristiana en el orden de la naturaleza y en el plano de la revelación.

El pensamiento católico adolece muchas veces de cierta timidez, circunscribiéndose en el dominio filosófico como aprisionado por un cerco de neo pelagianismo. Sin embargo las urgencias de la hora que nos toca vivir hacen imprescindible la contemplación teológica de las cosas humanas, *sub specie aeternitatis*. Decimos un cerco de neo pelagianismo por el naturalismo en el pensamiento y en la acción; por la casi prescindencia del estado real del hombre que viene al mundo condicionado por los grandes hechos de la creación, caída en el pecado y redención. Necesitamos una teología de lo político, de lo económico, de lo cultural; instituciones y leyes que miren al hombre creado y redimido por Dios.

Una restauración de la inteligencia cristiana significa restauración de la teología; y la necesidad de dicha restauración es la necesidad de la teología.

Los teólogos, al hablar de la necesidad, explican que es necesaria: para confirmarnos en el conocimiento de las verdades naturales acerca de Dios; y para darnos el conocimiento de las verdades sobrenaturales, que el hombre por sus solas fuerzas naturales no podría alcanzar. En estos dos capítulos se encierra todo lo que el hombre debe saber para cumplir con su vocación sobrenatural de hijo de Dios.

La teología es por antonomasia la Sabiduría necesaria para contemplar en la luz de la revelación el misterio inefable de Dios. Es la sabiduría que revela el secreto del más allá, al hombre que camina hacia la muerte. Es la Sabiduría por excelencia que evita por igual el fatalismo y el optimismo exagerado. En la luz de los grandes misterios de fe: la Trinidad, Encarnación, etc., el hombre de todos los tiempos encuentra su camino; y ve en ellos el sentido trascendental de la actividad humana que inspira el amor de Dios. Eminentemente especulativa y práctica, la teología, dispone a la contemplación, y por la contemplación, ordena toda la vida del hombre según el misterio de Dios. Es solamente en esta alta sabiduría y ciencia donde tenemos una palabra definitiva para todos los grandes interrogantes que agobian al hombre de todos los tiempos.

El conocimiento de lo que Dios ha revelado sobre el hombre, penetra profundamente en la forma y contenido de la vida humana, poniéndola en una luz superior, haciendo posible su purificación.

La vida humana es esencialmente amor. Quien mira en silencio en torno suyo —dice Goethe— ve cómo edifica el amor. La voluntad es tendencia, querer; sus realizaciones son todas esencialmente amor.

La razón ordena por las virtudes morales este aspecto tendencial de la vida humana. El acto de la virtud implica por eso una forma o manifestación del amor. San Agustín llama a la virtud por eso "ordo amoris", orden del amor. Santo Tomás explica ésto diciendo que la virtud ordena el amor en nosotros 1-II, 55, 1 ad 4m.

Por eso tenemos que todas las formas de vida humana reflejan necesariamente el amor; son las formas concretas de la vida humana las que nos dicen mejor que las palabras, si su sustancia ética es egoísmo, sensualidad o caridad.

La sola filosofía moral sabe sólo de virtudes naturales, y el contenido de amor humano que es el contenido ético de la acción. La teología en cambio, bajo la luz superior de la revelación, distingue fácilmente en ese amor humano, en las circunstancias actuales de la vida humana, el relieve de los siete pecados capitales, y tiene medios para una purificación de ese amor humano, y su transformación por el amor de Dios o caridad. Po reso es necesario el conocimiento teológico de la gracia, los sacramentos, la oración, para purificar la sustancia ética de la actividad humana, hundiendo sus raíces en el amor de Dios.

Deberíamos insistir más en este aspecto moral de la necesidad de la teología. La crisis del mundo moderno es crisis de la fe y de la caridad. Una restauración de la inteligencia católica, eficaz en sus realizaciones, debe obrar sobre la vida humana combatiendo el egoísmo y encauzándola en el amor de Dios.

Una cultura teológica-cristiana significa en su sentido más propio, formas de vida, de existencia humana, desprendidas de la riqueza, llenas de espíritu de sacrificio, siguiendo los pasos de Jesucristo. Donde la vida humana se define por su egoísmo, se destaca por la sensualidad y el lujo, no puede germinar una cultura cristiana.

El hombre moderno no necesita una modificación de la teología; es él quien necesita ser modificado por la teología. El conocimiento debe fructificar en amor, y el amor hace penetrar en el conocimiento. En el orden sobrenatural el conocimiento comienza por la fe; el amor correlativo es la caridad. La actividad especulativa comienza por los principios de la revelación; la actividad práctica tiene su principio en la gracia, realizándose por todas las virtudes morales informadas por la caridad. La gracia y las virtudes, perfeccionando la naturaleza, desarrollan todos los tipos de actividad humana, tanto en el orden de la contemplación como en el de la acción.

El estado del mundo moderno confirma a posteriori la necesidad de la teología en la hora actual, en la esfera de lo especulativo, y en lo práctico.

Algunos autores —como Gustavo Thils—, ven un dualismo entre la Teología y el mundo. Otros, si no ven dualismo, creen que la Teología en los tiempos que corren debe sufrir un proceso de modernización.

En cuanto a lo primero, no vemos tal dualismo. El mundo es creado por Dios. La palabra "mundo", tiene muchas acepciones: Santo Tomás distingue; "esse in mun" "do dicitur dupliciter secundum" "praesentiam corporalem et secun" "dum affectum mentis" (II, IIae. q. 188, art. 2 ad 3). En otro lugar: "algo se dice mundano o mun" "do, por razón de su creación, de" "su perfección, o de su perversi" "dad". (In Joan. Lect. V). El dualismo que apuntábamos, en oposición entre lo mundano y la Teología, sólo puede darse si lo mundano significa una interferencia para la elevación de la acción humana al orden sobrenatural. El mundo es para cada uno de nosotros aquella cosa creada en la que hayamos puesto nuestro último fin. El mundo opuesto a Cristo aparece donde aparece el pecado.

Otra cuestión es la siguiente: si la Teología debe sufrir un proceso de modernización, para adaptarse a la mentalidad contemporánea.

Algunos, razonan así: visto que el mundo moderno es naturalista, y que el hombre moderno, que ha edificado ese mundo, es subjetivista, evolucionista, escéptico, etc., es necesario que la Teología se amolde a esta nueva mentalidad.

La Teología debe oponerse al mundo "ratione perversitatis". El naturalismo no es perverso por ocuparse de la naturaleza, sino por su negación del orden sobrenatural. El hombre moderno no ha edificado su mundo por ser subjetivista, ni evolucionista, ni escéptico, sino a pesar de ello. Ha obrado siempre como realista, sin importársele nada de su subjetivismo.

La teología es necesaria en todas partes del mundo. Es necesaria para el comercio, para la industria, para el recto ejercicio de las profesiones, de los oficios, para la paz, para el gobierno, para los gobernados.

Todos necesitamos de la Teolo-

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz. San Juan 3875. Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$ 1.—
Número atrasado	„ 2.—
Colección del año 1949	„ 30.—
Suscripción anual	„ 24.—

gía; de la Teología a secas, ciencia de Dios.

Al referirnos a la necesidad de la Teología, en el orden práctico de la acción, hablamos tanto de la acción en sí que es "agere", como de la actividad que es "facere"; tanto de la acción en sí, como de la acción referida a un trabajo humano a realizar.

El mundo moderno ha asistido a un proceso de laicización de la actividad humana, en que aquella parece haberse independizado de los grandes principios de la Revelación. El trabajo, la cultura, el progreso, la mecánica, las guerras, etc., todo lo que hace el mundo moderno, ha crecido en un ambiente de naturalismo ateo, sin ningún principio superior.

La ausencia de todo principio superior, ha despertado en sus entrañas gérmenes corrosivos, principios de desintegración, que ponen en peligro las mismas conquistas auténticas de la civilización.

Se trata de salvar a este mundo moderno, y su única salvación es la cruz de Jesucristo. Al tener entre nosotros la cultura, el progreso, la mecánica, etc., creímos poseer valores definitivos; pero si examinamos su substancia, encontramos egoísmo, vanidad, mentira, odio, sensualidad, etc.

Es éste el mundo que se trata de salvar. A grandes males, grandes remedios. Es por eso que pensamos en la necesidad de la Teología. La Teología es la única que puede volver útiles las auténticas conquistas, en el orden del trabajo, de la cultura, en la marcha de la civilización.

ALBERTO GARCÍA VIEIRA, O. P.

LLAMADO A LA CRISTIANDAD

El siguiente documento enviado por nuestro corresponsal en Palestina, declara la Agencia Internacional FIDES el 7.V.49, está redactado por un católico de Occidente que reside en Jerusalén desde el comienzo del conflicto y arroja una nueva luz sobre el angustioso problema de los Lugares Santos. Pueda el mundo cristiano escuchar este llamado, antes que sea demasiado tarde. PRESENCIA *lo reproduce de* La Documentation Catholique *del 22.V.49.*

JERUSALEM (A. I. F.), 20.4.49.

He hallado los Lugares Santos desolados por los combates de Arabes y Judíos y las comunidades cristianas sumidas en peligros y miseria, refugiadas en la oración, consternadas por esta ausencia de la Cristiandad en defensa de sus LUGARES SANTOS, los más sagrados.

Mi deber es dar testimonio de las cosas que he visto.

MILITARMENTE: un ejército entusiasta, constituido por elementos educados a la europea, improvisado en el combate, pero munido de medios modernos, que se ha impuesto y hecho definitivamente dueño de la situación, frente a una coalición de tropas de parada y hordas primitivas sin sentimiento nacional.

POLÍTICAMENTE: un nacionalismo furioso, iluminado —aún en aquellos que se creen ateos— por la convicción de una misión excepcional del pueblo judío; sostenido por medios financieros de una amplitud prodigiosa, dada la pequeñez de Israel, que ha logrado imponer su independencia, su reconocimiento por los otros países y luego su admisión en la O.N.U.

El Sionismo triunfante se convierte en una seria amenaza para la permanencia cristiana en Tierra Santa.

Sea de inspiración espiritualista y constituya la revancha de dos mil años contra el cristianismo; sea ateo y materialista y se convierta en furriel del comunismo en el Medio Oriente, el Sionismo no tolerará bajo ningún aspecto, la expresión de la doctrina de Cristo en "su" tierra.

Por reservadas y camufladas que sean sus amenazas, ellas se manifiestan a los ojos atentos hasta el punto de reunir la unanimidad de las opiniones de los cristianos que han vivido estos últimos meses en Israel.

Los judíos ortodoxos puros revelan, día a día, sus ambiciones que son, según las visiones proféticas, la restauración integral del reino de David y la restauración del Templo. Su posición política da una aureola de mártires a los terroristas y muchos se reclutan entre ellos.

Su odio despectivo del cristianismo les llevará a toda clase de violencias y persecuciones y tenderá a borrar de estos lugares todo recuerdo evangélico. Las profanaciones religiosas cometidas por las tropas, tales como la violación de los tabernáculos, los crucifijos cubiertos por excrementos, como se los encontró en Haifa y el ara del altar marcado con el sello de David en el templo de Ntra. Sra. de Francia de Jerusalén son testimonios de este rencor anticristiano que cuenta con la complicidad moral de una gran parte de la nación.

La acción de las comunidades cristianas ha sido esterilizada. Las Ordenes dedicadas a la enseñanza —inactivas ahora por la guerra—, estarán bajo el estricto *control* de un Estado basado constitucionalmente en la ley religiosa judía. *Tierra Santa* de Jerusalén, cerrada a la enseñanza cristiana, y abierta a los cursos de la Universidad hebraica, constituye un símbolo.

Las Ordenes de Caridad han perdido su clientela, los árabes *que no retornarán*. La comunidad judía, con toda su solidaridad colectivista, no tiene necesidad de sus servicios. A lo más, puede ser que se las autorice para servir en algunos asilos, refugio de despojos humanos que estorban.

Las Ordenes Contemplativas sienten, ellas mismas, cómo se les va cerrando encima una red de medidas militares, policiales y políticas, que las ahoga poco a poco. Los "improductivos" pagarán caro el derecho de vivir en Tierra Santa.

Mientas que los ortodoxos se unifican en el sionismo, identificando la persona del Mesías con la del pueblo judío entero, la aristocracia hebraica se forma en los "kibbout" (asociaciones).

En un materialismo colectivista que rivaliza con las realizaciones comunistas, se procede al "élevage", al fortalecimiento y educación de la nueva raza. En la licencia semita y la exaltación orgullosa de una venganza triunfante, se forman las tropas de choque y los degolladores sin escrúpulo. Reclutados entre aventureros del mundo entero, que son allí los encargados de las masacres más espectaculares, cumplen su fin haciendo huír a las poblaciones aterrorizadas y realizando fusilamientos ejemplares sin provocación alguna como en Maud-el-Kurun, el 5 de noviembre; en Deir-el-Asad, el 31 de octubre; en Dawya, el 29 de octubre, (más de 500 víctimas); en Eliabun, el 30 de octubre... seguidos de pillaje y destrucción.

Obra sistemática a sangre fría, como lo demuestran el pillaje organizado y la destrucción "planificada" de los barrios árabes de Jaffa, Haïfa y otros lugares, por equipos de técnicos dinamiteros, y los asesinatos que hicieron huír de la región de El-Faludja, *después de firmado el armisticio*, a los pobladores árabes que habían optado por quedar bajo la soberanía judía.

Nosotros, que durante largos meses fuimos sistemáticamente engañados, hemos podido, al fin, establecer la verdad de los hechos de Palestina por constataciones evidentes, y podemos ahora suscribir el pensamiento ya muchas veces expresado de que el "Sionismo es un nuevo nazismo".

Con esta perspectiva, el porvenir de los intereses cristianos está acabado.

No se espere tolerancia alguna de los judíos dueños de los Lugares Santos. Ni se espere que por el interés pecuniario de un turismo próspero pueda ablandárselos y facilitar el acceso a los mismos. Qué puede significar el dinero para un pueblo de 800.000 habitantes que ha recibido en el año último entre los préstamos y fondos del llamado judío, más de 160 millones de dólares, o sean 200 por cabeza, lo que representa para el standard de vida judío, dos meses largamente asegurados en el mínimum vital.

Por ignorancia o indiferencia, la cristiandad no se opone a esta amenaza. Los judíos, sorprendidos en un principio, burlones en el presente, se envalentonan con nuestro silencio.

Sólo una *vasta campaña de información* en los ambientes cristianos, una extensa difusión de las enseñanzas papales, manifestadas por la Encíclica "In multiplicibus", pueden aportar a las Naciones Unidas el sostén de una opinión pública advertida, que ponga dique a las desmedidas ambiciones de Israel. Sólo un obstáculo firme y decidido, puede despertar a Israel de su delirio y permitir el establecimiento de un régimen de convivencia tolerable.

Es a nuestro juicio caridad cristiana ahogar la locura en su crisis, y elemental fidelidad de nuestro sentimiento cristiano preservar de la profanación los Lugares Santos que Cristo santificó con su presencia humana.

Sentimos pesar sobre nosotros y sobre el mundo cristiano, al que pertenecemos, una mala conciencia por esta indiferencia frente al drama palestinense. Quisiéramos estar libres, pero pensamos que si la Providencia quiere que vivamos aquí, como testigos directos, nuestra misión es, por lo menos, gritar la verdad.

SUMARIO

PRESENCIA: Tau. — Populismo. — Año Santo, año del gran retorno. — JORGE VOCOS LESCANO: Primera lamentación. — FEDERICO PALFER: Contento y descontento social. — ALBERTO GARCÍA VIEIRA, O. P.: Necesidad de la Teología. — TRANSCRIPCIONES: Adenauer, la figura de Europa. — Llamado a la Cristiandad. — Dibujos de BALLESTER PEÑA.

CORREO ARGENTINO
Central
Franqueo Pagado
Concesión N.° 4880
Tarifa Reducida
Concesión N.° 4045